

Por eso, más que la teoría, nos interesa el zumbel mismo; la cuerda que imprime un impulso al trompito de este que, más que un hombre, quiere ser un artista. Nos cautiva el runrunear de este trompito, que no se sale del cuadro de una mesa, que se afirma sobre los puntos de una pluma, que, al girar sobre sí mismo, adquiere, en su redondez un matiz luminoso y nos encanta con su magnífico equilibrio,

En esta oportunidad, nosotros seremos de aquellos que no recojan las manzanas. Nos conformaremos con mirarlas, gozándonos en este placer estético, sin la segunda intención de satisfacernos gastronómicamente. Para los incontables apóstoles y aficionados a ideólogos, que abundan hoy día, esta tarea, este deleite nuestro, ha de parecer un crimen. Pero a nosotros nos satisface plenamente, porque pensamos en lo provechoso que puede ser el que algunos, unos pocos siquiera, se preocupen de lo hermoso. Los que se desviven por lo bueno, lo justo y lo verdadero, son ya suficientes como para echarlo todo a perder.

Hemos dicho que en este nuestro gozo contemplativo hay algo de tarea. Es que en cada página, en cada frase de esta novela, estudiamos. Así hemos conocido, en la práctica, las verdades que Eugenio D'Ors pretendió inculcarnos, respecto de la obra bien hecha. Y si hubiéramos de señalar en concreto una de las cualidades del libro que comentamos, sin vacilar, subrayaríamos esta, que las comprende a todas: la perfección de su estilo.—*F. Ortúzar Vial.*

HISTORIA

HISTORIAS QUE PARECEN CUENTOS, por *Gonzalo de Reparaz.*

Absolutismos, dictaduras y otros excesos: éste es el subtítulo y el tema del libro, libro variado, amenísimo, arbitrario en su orden cronológico y de materias, ya que al lado de *La dictadura de Melgarejo* en Bolivia aparece un estudio sobre *Los Reyes Magos y su estrella (cuento que pasa por historia)* y Julio César y Luis XIV suceden a la cuestión de Alsacia y Lorena. Es un panorama histórico fragmentado, hecho de retazos cogidos aquí y allá y expresado atropelladamente, sin estilo ni aliño alguno, como si al autor le interesaran más las ideas que tiene que manifestar que la forma de manifestarlas.

El libro entero es un desahogo contra los excesos señalados en el subtítulo: absolutismos y dictaduras. Reparaz coge a los personajes de la historia, como un titiritero puede coger sus muñecos, y los examina, los analiza, los *cuenta* tal como fueron, despojados del brillo con que la historia los ha revestido. Julio César era un degenerado con talento; Catón el Censor tenía numerosas esclavas, las prostituía públicamente y cobraba el precio; Horacio era un sinvergüenza: felicitó a Agripa por haber cargado de cadenas a los últimos hombres libres que osaban desconocer la majestad del pueblo romano: los cántabros y astures de la remota y bárbara Iberia; Roma era un cuartel, un lupanar y una

ergástula; Grecia era la tierra de los más sublimes artistas y poetas, de los mayores filósofos y de los más estupendos viciosos, embusteros y trapisondistas que en el mundo han sido. ¡Sublimes modelos clásicos!

Poseedor de una cultura histórica pavorosa y hombre dotado de un alto criterio moral, Gonzalo de Reparaz, viejo ya, embiste contra los fantasmas del pasado con toda la fuerza de su cultura y de su moralidad. Nada hay desconocido para él en la historia; la conoce por el revés y el derecho y sabe lo que hay de verdad en ambos lados del cañamazo. En las páginas del libro resallan como latigazos sus frases lapidarias:

Si se persiste en restaurar el clasicismo, restáurese Esparta. Allí existió el fascismo integral. Había los ilotas, que no eran nada, y sobre ellos dos o tres mil idiotas, que lo eran todo. Entretenidos en matar gente, no tuvieron tiempo de producir ciencia, poesía ni arte. Creo que la civilización europea va, en efecto, a la espartanización total. Ya tenemos en marcha la fecunda idea de la esterilización de los ilotas, nacida en los Estados Unidos. ¡Parece cosa del gran Licurgo, el sabio legislador tan famoso, precursor de nuestros jerarquizantes!

En la cuarta parte de su libro dedica algunas páginas a la cuestión del meridiano intelectual, tema que durante tanto tiempo se discutió entre los escritores jóvenes de Argentina y España. Reparaz, más lógico que los que defendieron el meridiano intelectual madrileño, reconoce que no le basta a España ser España para exigir ese puesto; necesita, ante todo, merecerlo.

Un meridiano intelectual no se decreta sentimentalmente: se gana por la calidad de los productos ofrecidos al respetable público y por la facilidad geográfica de los contactos. Si los de las fábricas de Madrid aventajan a los de las de París, Londres y Berlín en bondad y en facilidades de difusión, de aquéllas será la ponderancia, digan lo que quieran los ultramarinos refractarios. Y si no, no, por más que hagan los patriotas.

La solución no depende de querer, sino de poder. Esa es la verdad, como él lo dice.—M. R.

TEATRO

ANGELITA, por Azorín.

Azorín piensa que se ha arrancado de la escena española el resorte eficaz que presidió en sus primeros ensayos: lo maravilloso. Podrá argumentarse que tal resorte sólo puede mover la sensibilidad de las minorías egregias. Pero Azorín responde: los autos sacramentales se representaban ante los públicos populares. El positivismo trajo como natural secuela el destierro de lo maravilloso y el apego servil e incondicional a la realidad más rastrera. Los artistas de hoy no reniegan de la realidad Pero es otra la realidad que persiguen. Oigamos cómo el mismo Azorín siente la evolución operada en este tan discutido concepto de realidad:

Se perseguía un realismo feroz, intransigente, y no se tenía en cuenta que por encima de la realidad aparente y tangible existe otra realidad más sutil más verdadera, más eterna. Y esa realidad es la que asoma